

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
CON MOTIVO DE SU VISITA A RIBADESELLA
ASTURIAS, ESPAÑA**

17 DE OCTUBRE DE 1991

Llego a Ribadesella con la emoción de quien muchas veces, en su mente y en su alma, ha hecho la travesía; deseando conocer la tierra natal de aquel mozalbete noble y luchador que, en 1858, cruzó el Atlántico para encontrar en Puerto Rico una segunda patria.

Manuel Fernández Juncos se unía, de esta manera, a la larga cadena de asturianos que desde los primeros tiempos de la exploración y conquista, llegaron a nuestras costas trayendo como pobladores lo mejor de sí. Una historia que se remonta tan lejos como el siglo XVI, donde no faltaron esforzados asturianos como Gaspar de Valdés, Rodrigo de Hevia y Luis de Valdés.

Pero fue justamente en el siglo pasado, cuando en nuestra tierra se sintió con mayor fuerza la presencia de Asturias. Entonces, más de mil seiscientos arribaron a la isla; muchos, con solo sus manos pero con el corazón lleno de optimismo y de una voluntad férrea para fraguarse un futuro mejor.

Los más de doscientos apellidos asturianos que aún perduran en nuestra isla, son el testimonio

callado de una aportación valiosa a nuestra tierra. La aportación de asturianos industriuosos, dedicados mayormente al comercio quienes, seguramente, encontraron en el verdor de nuestras montañas y en el azul profundo de nuestro mar, un recuerdo de su lar nativo.

Siempre he pensado que fue el mar, ese mar que el poeta Pedro Salinas llamó "El Contemplado", lo que cautivó el alma joven de Fernández Juncos; bautizándola para hacerlo nuestro y proyectarlo a las cumbres de nuestra historia. Porque desde que llegó niño, a la localidad sureña de Ponce --ciudad en que tuve la dicha de nacer-- Manuel Fernández Juncos brilló con luz propia.

Ese mozalbete que tras un mostrador de pueblo, en ratos robados al descanso, estudia, lee y observa se ganó --por su tesón-- la admiración, el respeto y el afecto de uno de nuestros mejores poetas, José Gualberto Padilla, quien puso a su disposición la espléndida biblioteca que poseía.

Allí, Manuel Fernández Juncos se formó por sus propios esfuerzos, allí fue forjando la pluma sagaz, la ejemplaridad cívica, y el sentimiento de

amor profundo por la isla que habría de defender de tantas maneras: a través de sus ideas liberales transmitidas por 22 años en su periódico El Buscapié; a través de la promoción de las artes y las letras desde su Revista Puertorriqueña; como fundador de la Cruz Roja Española en Puerto Rico; como fundador del Refugio de Niños Desamparados para amparar y educar huérfanos; como Director de la Biblioteca Insular; y en su desempeño de la cartera de Hacienda.

Pero sin duda, la anécdota que más nos llega --especialmente hoy, un día antes de recibir el Premio Príncipe de Asturias de las Letras-- es la defensa que hizo del español, cuando nuestra isla pasó de la soberanía española a la norteamericana.

El cambio de soberanía trajo a la isla la imposición del inglés como idioma de enseñanza en nuestras escuelas. La política de transculturación amenazó con privar a nuestros niños de libros de textos en español. Pero Manuel Fernández Juncos, respondió al reto que le fijaron. Y en los escasos tres meses que le brindaron las autoridades norteamericanas, tras una labor fecunda y febril,

logró adaptar los textos escolares al idioma español; permitiendo con ello que continuara el español como vehículo de instrucción primaria.

Manuel Fernández Juncos es uno de nuestros padres de la patria por muchas razones. Su memoria nos viene a la mente cada vez que cantamos el himno nacional, cuya letra escribió. Pero hay otras razones: porque fue mentor de las juventudes, porque fue protector de desvalidos, porque fue servidor ilustre del gobierno, y escritor destacado de las costumbres más entrañables de nuestro pueblo, porque desde que llegó a la isla se abrazó a la gente humilde de tierra adentro, porque amó a las gentes sencillas de nuestras serranías, porque fue --en definitiva-- un criollo ejemplar.

Por todo esto, me enorgullece y me emociona, profundamente, estar en la tierra que lo vio nacer.

Desde antes de llegar, ustedes me hicieron sentir el caluroso entusiasmo del pueblo asturiano. Un pueblo de espíritu ancho que hoy abre las puertas a este puertorriqueño, con el mismo afecto que hace 134 años Puerto Rico recibió al hijo de Tresmonte. Y, al igual que Fernández

Juncos, llego pleno de ilusión a esta tierra, en la que no me siento extranjero, y a la que traigo el abrazo sincero del pueblo de Puerto Rico.

Amigos:

En el Principado de Asturias, tierra de hombres de gran reciedumbre, hay un pequeño pueblo que se llama Fonfría. No sé si por azar o por destino, este pueblo dio apellido a uno de los defensores más fervientes del idioma español en Puerto Rico. Hoy, quiero cerrar mi saludo con una cita de ese puertorriqueño, Ernesto Juan Fonfrías; palabras que con emoción hago mías, porque representan el hondo sentir de todos los que en la isla de Borinquen amamos bien nuestra lengua:

"La lengua española es lengua de naciones. La jerarquía de sus fuentes y de sus esencias lingüísticas; su encaje en el conocimiento de quienes la saben como lengua de humana realidad, para beneficio del hombre y de los pueblos, le dan una valía única en el campo internacional.

¡Bendito sea Dios que me ha dado la fortuna de ser dueño, sin reservas de ninguna clase, de la más hermosa de las fortunas: mi idioma español y un

pedazo de la tierra de mi batey que nada ni nadie podrá quitarme. Cuando Dios me llame a juicio consentiré que mis restos descansen a la sombra de mi bendita tierra, cosidos a mi lengua, en los tendidos de la guásima cundida de pitirres, voceadores de mi amor por mi raza, por mi patria y por mi idioma!"

* * * *